


La aldea perdida

MAX GROSS

Traducción de Irene Oliva Luque

gatopardo ediciones 

Título original: *The Lost Shtetl*

© 2020 by Max Gross. All rights reserved.

© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2022

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2022

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Núria Solsona

Imagen del interior: © Lebrecht Music & Arts/ Alamy

Imagen de la solapa: © Julian Voloj

ISBN: 978-84-124199-2-4

Depósito legal: B4128-2022

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Una familia judía en el shtetl de Chełm, Polonia (c. 1916-1918).

Para Jane y Harry

«Para un gusano dentro de un rábano picante
el mundo es un rábano picante.»

PROVERBIO YIDIS

Hasta en un pueblo feliz y tranquilo como el nuestro es posible encontrar a alguien a quien no quieras volver a ver.

Pesha Lindauer encontró a una de esas personas. Un hombre cuyo rostro la sacaba de sus casillas y cuya voz le hacía apretar los puños y rechinar los dientes. Un hombre que en sueños la perseguía y la atormentaba con látigos y fuego, y cuyo aspecto siempre le dejaba un ligero olor a azufre al despertar.

Tenía la doble desgracia de que el personaje en cuestión era su marido, Ishmael.

Pocos meses después de la firma del contrato matrimonial y del pago de la dote, Pesha le pidió el divorcio.

A la mayoría de los lugareños aquello no nos pilló por sorpresa. Todos nos habíamos percatado de la frialdad entre marido y mujer cuando los viernes por la tarde se paseaban por la plaza del mercado para hacer la compra para el *sabbat*. Nos había llegado el chispeante chismorreó de que Pesha era una mujer de apetitos extraños y le pegaba a su marido en la cama. No faltaban los rumores de los vecinos que los habían oído intercambiar besos hasta las tantas de la madrugada como un par de animales enjaulados. También circulaba la historia (quién sabe si hay en ella algo de cierto) de que Pesha acudió a su padre la noche antes de la firma del contrato matrimonial suplicándole que lo cancelara todo. Lo único verdaderamente sorprendente fue que Pesha reuniera el valor para acabar con el matrimonio tan pronto.

—¿No tendría esta mujer que darle al menos un año de cuartelillo antes de tirar la toalla? —preguntó Esther Rosen a las mujeres que pululaban en torno a su puesto en el mercado. Y todas chasquearon la lengua en señal de asentimiento.

Mandaron a la *rebbetzin*¹ a visitar a Pesha para ver si podía hacerse algo por salvar el matrimonio.

—¿Tus reparos son por algo que ocurre de puertas para adentro? —preguntó la *rebbetzin*, yendo directa al grano—. Porque, si se trata de eso, puede haber soluciones. Alguien puede hablar seriamente con Ishmael, con discreción, para que lo espabile en los asuntos de la carne.

—No —respondió Pesha—. Para empezar el matrimonio jamás debió celebrarse. Éramos incompatibles desde el primer momento.

—¿Por qué dices eso? Dame razones.

—No es nada concreto —respondió Pesha, un tanto enigmática—. Solo que ya no puedo verlo ni en pintura.

—Pero no te puedes divorciar sin más —objetó la *rebbetzin*—. Tiene que haber una razón.

Obedientemente, Pesha Lindauer expuso a grandes rasgos una muestra de los defectos de su marido, de su silencio de mulo a su mal aliento o sus arranques de furia y de mal genio, que la *rebbetzin* escuchó sin interrumpirla para luego desdeñarlos con un gesto de la mano.

—Sea como sea tenéis que procurar reconciliaros —repuso la *rebbetzin* con firmeza—. El divorcio tiene que ser el último recurso. Además, nadie quiere casarse con alguien divorciado, Peshá. Cargaréis con un pasado oscuro para el resto de vuestra vida. Atente a las consecuencias si lo das por imposible.

Lo que era una ligera exageración, claro está, aunque supongo que toda *rebbetzin* tiene el deber de hablar del divorcio como si de una catástrofe se tratara.

A Peshá y a Ishmael les dijeron que dieran lo mejor de sí mismos al menos durante una semana.

1. En yidis, esposa del rabí.

—Tenéis que intentar encontrar los puntos en común —les ordenó el rabí Sokolow una tarde de invierno en su despacho—. Tenéis que trataros con dignidad. Tenéis que ser humildes y corteses. Y debéis dejar de discutir, los dos vais a prometer ahora mismo que no os levantaréis la voz.

(—Por el amor de Dios, Pesha —le susurró la *rebbetzin* cuando se quedaron a solas—, vuestros vecinos los Cooperman os oyen gritar todas las noches. Tratad de controlarlos.)

Al cabo de una semana, Pesha se presentó en el despacho del rabí Sokolow y les dijo a él y a la *rebbetzin* que los intentos de ambos de tratarse bien habían sido en vano. En vez de gritarse, se habían replegado en un silencio denso que no presagiaba nada bueno. La tensión —esa visita indeseada que les pisaba los talones y les susurraba al oído a todas horas— se había instalado en la casa y se negaba a marcharse por las buenas.

—Y además me ha hecho esto —añadió Pesha, remangándose y enseñándoles un gran cardenal negro azulado que le recorría el brazo y que hizo que el rabí Sokolow se ruborizara.

—Es muy probable que las cosas cambien cuando tengáis hijos —sugirió el rabí—. Un hogar estéril es mucho menos feliz que uno rebosante de criaturas.

Pesha se irguió en la silla y arqueó las cejas. Y la inmediatez de su reacción hizo que el rabí Sokolow se sintiera como un tonto.

—O puede que no —musitó él.

En las siguientes semanas, muchos se llevaron aparte a cada uno de los Lindauer para intentar meterlos en vereda por separado.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —le dijo el rabí Sokolow al marido cuando se quedaron a solas—. ¿Le has pegado alguna vez a tu mujer?

Ishmael Lindauer puso cara de abochornado.

—¿Quién le ha contado eso?

—Qué importa. Estas cosas siempre se acaban sabiendo. Y a mí me ha llegado este rumor.

—¡Es una gran mentira! —estalló Ishmael Lindauer, y le

tembló la barba negra en forma de cuña—. ¡Es la calumnia más asquerosa que he oído en mi vida!

El rabí, pacifista por naturaleza, retrocedió con cautela en su asiento, espantado por la violencia en la reacción de aquel joven.

El rabí Sokolow conocía a Ishmael Lindauer desde que era un bebé, y siempre lo había considerado un niño un tanto raro, pero tranquilo. Ningún miembro de la familia Lindauer le había ido nunca con dramas o penas por algo que Ishmael hubiera hecho para amargarles la vida. No había hermanas a las que hubiera hecho llorar con sus fechorías o burlas. (De hecho, no tenía hermanas, solo hermanos.) Ishmael Lindauer no era más que el hijo del fabricante de pelucas, que se había quedado el negocio de su padre después de acabar la *jéder*.² El niño, que había sido indefectiblemente tranquilo y del montón, se había convertido en un hombre esbelto de piel cetrina, también tranquilo y del montón.

—Mira, Ishmael —el rabí Sokolow se dirigió a él con serenidad, pero con firmeza—, todos sabemos que a puerta cerrada ocurren cosas que un matrimonio no sería capaz de explicar a nadie más en el mundo. Pero lo que ahora mismo te estoy diciendo es que, si le estás haciendo daño a tu esposa, tendrás que atenerte a las consecuencias.

Ishmael se puso lívido de la ira.

—Jamás le he puesto la mano encima —declaró Ishmael—. Quienquiera que le haya contado eso es un mentiroso. ¡Un mentiroso!

Los dos hombres se quedaron callados unos instantes, con las palabras flotando en el aire.

—Si ella va contando mentiras sobre mí, tal vez debería conseguir su divorcio —dijo finalmente Ishmael—. No tengo ningún interés en seguir casado con una mentirosa como ella. Jamás le he dado una paliza a nadie. Mucho menos a una mujer. ¡Mucho menos a mi mujer! Pero lo único que quiero que sepa es que no

2. En hebreo, escuela elemental.

solo es una mentirosa, sino también una pésima esposa.

El rabí Sokolow no dijo nada.

—Esa mujer no es capaz de coser, ni aunque le fuera la vida en ello —bramó Lindauer después de tomarse un momento de silencio para poner en orden sus ideas—. Hace dos meses que le di un par de calcetines para que me los remendara y todavía estoy esperando. Y además es una malísima cocinera.

Se trataba de asuntos graves, por lo que el rabí Sokolow venció el impulso de sonreír. Se limitó a mirar fijamente a Lindauer, cuya ira parecía la de un perro rabioso totalmente fuera de control.

—Bueno, está claro que eso puede ser una fuente de problemas —concedió el rabí Sokolow—. Mantener una casa en condiciones no es ninguna tontería. Pero eso no puede ser lo único que destruya un matrimonio. ¿Qué ha estado ocurriendo entre vosotros en el lecho matrimonial?

Por un instante, Lindauer puso la cara que uno imaginaría que pone un niño al abrir la puerta de un armario y descubrir a su madre en paños menores. No se le venían a la cabeza las palabras necesarias para responder. Su ira se vio anulada por la vergüenza.

—Nada.

—¿Que no ha ocurrido nada? —preguntó el rabí Sokolow—. ¿O con «nada» quieres decir que no pasa nada y todo va bien en ese terreno?

—Todo va bien —respondió Lindauer.

Por cómo lo dijo, rehuyendo la mirada del rabí, Sokolow dudó de la sinceridad del joven. Y mientras estaba allí sentado, observando a Lindauer, al rabí se le pasó por la cabeza que era tal la rabia del marido que puede que, por puro despecho, acabara decidiendo no concederle el divorcio a su mujer. Sin duda no sería la primera vez, aunque nadie recordaba cuándo fue la última, que algo así había ocurrido en Kreskol. El rabí Sokolow se llevó la mano a la lana gris de su barba y trató de escoger con cuidado las palabras que diría a continuación. Pero Lindauer se le adelantó.

—¿Hemos acabado? —preguntó, poniéndose de pie de re-

pende.

En realidad, al rabí le quedaban muchas cosas por decirle. La conversación sobre aquel singular matrimonio no había hecho más que empezar, casi no habían entrado en materia. Aunque a veces, cuando una de las dos partes está dispuesta a no cruzar ciertos límites, no tiene sentido insistir. El rabí Sokolow se limitó a asentir.

Acto seguido, Ishmael Lindauer inclinó la cabeza y salió hecho una furia del despacho del rabí, ruidosamente y dando zapatazos.

—Si te soy sincero —le dijo más tarde el rabí Sokolow a su mujer—, no sé cuál de los dos miente.

—¿Que no lo sabes? —preguntó la *rebbetzin*—. Creía que me habías dicho que él se puso violento. Está claro que la culpa es de él.

—Sí, claro —accedió el rabí Sokolow—. En el momento pensé que iba a darme un mamporro allí mismo. Pero no te pones hecho un energúmeno por una acusación que sea cierta.

Lo que supongo que era un punto de vista como otro cualquiera.

Y su preocupación por que Ishmael pudiera castigar a su mujer negándose a concederle el divorcio resultó ser profética. Al cabo de unos días, Shmuel Lindauer (el hermano pequeño de Ishmael) se presentó en el estudio del rabí Sokolow para comunicarle que su hermano no tenía ninguna intención —de ninguna de las maneras— de concederle el divorcio a su mujer. Bajo ningún concepto.

Por supuesto que los Lindauer no habrían sido ni de lejos las dos primeras personas que se divorciaban en nuestra pequeña localidad.

Si consultaras los archivos de Kreskol, descubrirías al menos siete casos de divorcio en los últimos veinte años. Lo que nos sitúa, me enorgullece decir, muy por debajo de la media en lo que a divorcios se refiere.

Lo que no significa que no pudiera haber habido muchos

más. Los hombres y las mujeres son iguales en todas partes, y por mucho que a nosotros nos guste creernos mejores que los enfurruñados de Pinczow o los sabelotodo de Bobowa, en realidad Kreskol no tiene nada de distinto. Fueron muchas más las personas que acudieron al rabí Anshel Sokolow (y a su padre, Herschel, antes que a él) pidiendo los papeles del divorcio que las que realmente los obtuvieron.

Sin embargo, nosotros teníamos la suerte de que uno de nuestros *dayyanim*,³ Meir Katznelson, y su mujer, Temerl, poseían un talento excepcional para limar las asperezas conyugales y disuadir a ambas partes de emprender acciones precipitadas.

Estaba, por ejemplo, el famoso caso de Yasha y Miriam Greenberg. Yasha Greenberg (con su anciano padre, Zalman, a la zaga) acudió al rabí Sokolow y al rabí Katznelson para pedir el divorcio porque creía que su mujer era una bruja. Zalman había descubierto un amuleto en el ropero de su nuera, entre sus prendas íntimas, y también una baraja de cartas del tarot. Yasha Greenberg estaba demasiado horrorizado como para enfrentarse a su mujer tras el descubrimiento, así que se había ido derecho al *beit din*.⁴

—¿Quién va a tolerar que tengamos brujas en nuestro pueblo? —preguntó Yasha—. Esta es capaz de echarnos cualquier conjuro y convertirnos a todos en un puñado de ranas.

Una sospecha bastante disparatada, sin duda, pero es deber de los guardianes de la ley tomarlo todo en consideración.

Se convocó a Miriam Greenberg en el *beit din*, donde tuvo que enfrentarse al amuleto y a las cartas.

Rompió a llorar.

—No tenía intención de hacerle daño a nadie —dijo gimoteando—. Le cambié el amuleto por un collar a una de las muchachas gitanas que pasaron por el pueblo.

Las caravanas de los gitanos habían pasado por allí unos meses antes, como cada primavera, con la banda de mercachifles

3. En hebreo, juez de un tribunal rabínico.

4. En hebreo, tribunal rabínico.

de pelo y ojos negros y aros de oro en las orejas, pregonando ollas y sartenes, metros de tela y enormes artilugios metálicos de los que nadie en el pueblo tenía la más remota idea de qué hacer con ellos.

—Me figuré que un poquitín de buena suerte extra no le haría daño a nadie —declaró la señora Greenberg, secándose las lágrimas con un pañuelo—. No actué de mala fe.

—¿Y las cartas? —preguntó el rabí Katznelson.

—La muchacha me enseñó a usarlas —explicó la señora Greenberg—. Me contó que predecían el futuro. No vi pecado alguno en aquello.

Por supuesto a la señora Greenberg le pusieron los puntos sobre las íes. Las cartas y el amuleto se le entregaron al enterrador del pueblo, a quien se le encomendó que los destruyera. Y la señora Greenberg juró por lo más grande, con los juramentos más sagrados que se le ocurrieron, que jamás en la vida volvería a pronunciar los oscuros conjuros que la muchacha gitana le había enseñado.

—¡Y tú! —dijo el rabí Katznelson, señalando a Yasha con el dedo—. Tú deberías ser más indulgente. La mujer lo hizo sin saber lo que hacía. Y quien no sabe no peca. Además, ¿qué clase de marido pide que echen a su mujer del pueblo como si fuera una *korva*⁵ sin ni siquiera haber hablado con ella primero?

Greenberg, con las lágrimas rodándole por las mejillas, pidió perdón a la mujer a la que solo una hora antes había acusado de agravio. Y retiró la petición de divorcio.

Es más, las madres e hijas de Kreskol creían que contaban con un defensor en la persona del rabí Katznelson. Pese a que la señora Greenberg a todas luces no había obrado bien, daba la impresión de que el rabí había adoptado la postura de que no había obrado del todo mal.

Así que, en medio de todas las tribulaciones de los Lindauer, se recurrió a él para acelerar o bien el divorcio o bien la reconciliación.

5. En yidis, «puta».